

JUAN FRANCISCO FERRÁNDIZ

Las horas oscuras

Grijalbo

© Random House Mondadori
www.megustaleer.com

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionados con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto Libros Amigos de los Bosques promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los bosques primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Primera edición: mayo, 2012

© 2012, Juan Francisco Ferrándiz
© 2012, Random House Mondadori, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-253-4791-7
Depósito legal: B-5586-2012

Compuesto en Fotocomposición 2000, S. A.

Impreso y encuadernado en Cayfosa Impresia
Crta. Caldes, km 3
08130 Sta. Perpètua de Mogoda

GR 4 7 9 1 7

A Stella, compañera y cómplice de este sueño desde el principio, por su energía y entusiasmo, por el tiempo que llevamos caminando.

Para Clara y Marc, que perciben con sorpresa y algo desconcertados mi vagar por este extraño sendero. Con ellos llegó la luz.

A mis padres y hermano Diego, por estar siempre cerca.

*El germen de esta historia llegó engarzado con las notas de la pieza musical «Keening of the Three Marys»...
Tal vez en un tiempo remoto resonó algo así en aquellos viejos acantilados del oeste.*

Bibliotecis sepulcrorum ritu in perpetuum clausis. (Las bibliotecas, como las tumbas, estaban cerradas para siempre.)

AMMIANUS MARCELLINUS (siglo IV)

PRIMERA PARTE

EL CAMINO HACIA LA LUZ



Irlanda, año 996

—*Venid, joven, acercaos. Deteneos un instante en este punto del camino y observad. Desde aquí se ve todo el acantilado, el oscuro mar de color índigo que se pierde en el horizonte y las blancas olas en combate contra las rocas; es la lucha eterna entre los elementos, cantada por los bardos en sus legendarias composiciones. El estallido de cada golpe de mar predispone al espíritu para escuchar las viejas historias que circulan por toda Irlanda. Quedaos conmigo un instante y sosegad vuestra alma. No os inquietéis, llegaréis a vuestro destino si eso es lo que os proponéis, pero ahora limitaos a disfrutar del viento húmedo y salado que asciende hasta aquí y hace ondear nuestras capas con violencia... aspirad su fragancia, limpia, salvaje... Hace frío. Pronto llegará el invierno.*

»*Vengo a este lugar desde que era niño, siempre los días que no llueve, que no son demasiados... Sentado en esta vieja roca observo orgulloso la belleza misteriosa del paisaje: los verdes pastos que cubren la ondulada planicie antes de morir abruptamente en el escarpado precipicio, las piedras desnudas que se enfrentan al mar.*

»*Dicen que toda la isla es igual, pero no es cierto. Aquí, bardos y druidas forjaron nuestra memoria evocando la historia de sus paisajes, bosques y piedras, describiendo el fragor de míticas batallas, urdiendo increíbles aventuras y bellos romances. En este último confín del poniente se inspiraron para componer los versos que nos hablan de antiguos dioses, de los gigantescos fomorianos que habitaban la isla en el albor de los tiempos, de los Tuatha Dé Danann, poderosos héroes llegados de brumosas regiones allende el mar y que aún perviven en bosques, estanques y grutas como seres incorpóreos. Cantaron también la llegada de los milesios del sur y de tantos otros...*

»Aunque venís de muy lejos, sabréis reconocer la magia de este lugar: algo de sangre irlandesa se adivina en vuestra pálida tez y en el verde de esos ojos que observan con interés cada detalle del paisaje, cada hálito de vida en la fértil naturaleza... Tal vez por eso, extranjero, vuestra llegada sólo es un regreso, como dirían los druidas.

»¿Decís que vais a las ruinas de San Columbano? Disculpad a este pobre viejo, mis hijos dicen que hablo demasiado, pero ¿qué le queda a uno cuando ni sus manos ni sus piernas pueden aportar nada? Tan sólo la memoria, las lecciones de la vida y un puñado de consejos tras tantas penurias. ¿El viejo monasterio? ¡Hace años que nadie va allí! Desde que ocurrió la tragedia. ¿Cuánto hace? ¿Veinte años? ¿Treinta? Sí, puede ser... A veces mi memoria falla... ¡He vivido ochenta primaveras! Soy el más viejo de Mothair y puede que de toda la región de Clare, pero aún no he olvidado cómo se llega al recogido convento. Os anticipo, no obstante, que sólo hallaréis ruinas ennegrecidas y mucho dolor impregnado en sus piedras. Antes todo era distinto...

»Seguid el camino que bordea el acantilado, hacia el norte. Decidle al carretero que os acompaña que vigile las ruedas del carruaje, no seríais los primeros en precipitaros accidentalmente, y el mar, enardecido, os engulliría para siempre. La hierba oculta algunos tramos, pero seguid adelante, un sendero hollado durante miles de años no desaparece nunca del todo. Además, veréis las runas grabadas en las rocas; si vuestros ojos no las distinguen, pasad las manos sobre la rugosa superficie y las sentiréis con la yema de los dedos. Una gran roca, negra y puntiaguda, marca el principio del bosque; torced a la derecha e internaos en él. Dejad que las sombras de los robles y los tejos os envuelvan, pero no os amilanéis, pues el bosque es muy viejo, percibiría vuestro miedo, se nutriría de él y lo convertiría en la más horrible pesadilla. Cuando os sorprenda la noche, espero que alberguéis suficiente valor. Dudo que el arriero, si es un irlandés de ciudad, acceda a pasar por allí; os costará unos buenos peniques adicionales convencerle. Al salir del bosque os espera una pradera ondulante que muere en la costa, con grandes piedras que parecen haber brotado de la tierra. Es el círculo. Un lugar antiguo y poderoso, fuente de leyendas... Esas piedras las pusieron allí héroes cuyos huesos ya eran polvo hace demasiados siglos... Al final de la pradera, sobre un promontorio al borde del acantilado, se yerguen las ruinas del monasterio. Un pequeño muro delimita el

convento. En su interior sólo quedan los escombros de las casas de los monjes, pero la última vez que visité el lugar seguían en pie la pequeña capilla, la esbelta torre circular y el gran edificio junto al abismo: la antigua fortaleza de los O'Brien.

»Estuve allí muchas veces, era leñador, y cuando acude a mí el recuerdo de ese paisaje, el vello aún se me eriza... A plena luz del día, el mulrido pasto, de un verde salpicado de diamantes, cubre toda la pradera hasta el acantilado. Jamás he visto un lugar tan bello y enigmático como el monasterio fundado por Patrick O'Brien, el legítimo rey de estas tierras, que para consagrarse a Dios renunció al trono a favor de su hermano, el actual monarca, Cormac O'Brien. Él fue el primero y el último abad de San Columbano.

»Si vais allí, sed respetuoso, esa tierra ya era sagrada para los irlandeses antes de Patrick, mucho antes incluso de que san Patricio la besara en nombre de Jesucristo. Bajo los restos existe un túmulo muy antiguo; tal vez aún exista. Dicen que los antiguos dioses se ofendieron por esto... A los pocos años de su fundación, la desgracia se cernió sobre el lugar: ¡el fuego lo arrasó todo! Sólo unos pocos pastores se acercan allí desde entonces.

»Sin duda tenéis grandes influencias para que el rey Cormac permita que os instaléis en las ruinas... porque ésa es la intención que albergáis, ¿no es cierto? Vuestro carro deja dos profundos surcos en el fango, demasiada carga para estar de paso...

»Veo por vuestra túnica oscura que sois monje, como lo fue Patrick. En Mothair todos somos cristianos, cristianos irlandeses, por supuesto. Mirad, justo ahí delante hay una cruz de piedra, dicen que la mandó esculpir el propio san Patricio mientras recorría la isla evangelizando. Irlanda está llena de ellas, ya lo habréis comprobado; pero no seáis ingenuo: igual que el musgo y el líquen amarillento invaden la piedra cruciforme, las costumbres y las creencias de la isla impregnan el mensaje de salvación traído de lejanas tierras. Si queréis ser aceptado, no sólo deberéis obedecer nuestras Leyes Brehon,* sino también aprender a respetar la sutil energía

* Sistema legal irlandés de origen druídico codificado entre los siglos VI-IX y recopilado posteriormente por monjes de la isla. Prima la compensación a la víctima o familia de la víctima, denominada *derbfine*, sobre el castigo al infractor. En época precristiana se conocía como *Fénechas* («leyes del timón de tierra»).

que fluye tras cada ritual, tras las plegarias que los fieles elevan al cielo con fervor. Los antiguos dioses se resisten a desaparecer, sólo nos han permitido que les cambiemos los nombres, que pongamos cruces sobre sus altares, que les recemos con otras palabras. Así es en esta tierra. Las cosas cambian, es cierto, pero muy lentamente. No séáis como esos clérigos y eremitas que recorren los caminos con arengas incomprensibles y terribles amenazas. Observad y aprended. Dejad que la esencia celta de vuestra sangre guíe vuestro corazón en las horas oscuras y comprenderéis por qué todos los forasteros creen que Irlanda es mágica.

»¡Pero marchad ya, joven! ¡No perdáis más tiempo con la cháchara de un pobre viejo! El sol ya descende, el mar no tardará en engullirlo repentinamente..., luego las estrellas desaparecerán y llegará la lluvia. Seguid mis indicaciones y cruzad el umbral hacia una nueva vida... Y recordad: vengo a esta roca todos los días que no llueve. Tal vez nos veamos en otra ocasión...

Hermano Brian, las mulas se niegan a avanzar! —gritó el arriero para hacerse oír bajo la lluvia torrencial.

—¡Son las ruedas, han quedado atrapadas en el fango!

—Este lugar... No debimos adentrarnos en este bosque en plena noche, más nos hubiera valido acampar...

—Vamos, Roiberard, deja de quejarte y ayúdame.

Descendieron del carro y sus botas se hundieron un palmo en el suelo anegado. Las tupidas copas de los robles y los alisos no lograban contener la violencia del viento y el agua, que golpeaba con saña. Brian, con la cabeza cubierta por la capucha de la cogulla, escudriñó en la oscuridad algún posible refugio, pero apenas distinguía las formas de los troncos centenarios que flanqueaban el camino. Internarse en el robledal habría sido demasiado arriesgado.

—¡La única alternativa es seguir adelante!

Roiberard fustigó a las mulas, que resoplaban inquietas y agotadas tras el largo día de marcha. Sus esfuerzos resultaron vanos. Desesperado, el arriero se acercó a las ruedas con el ceño fruncido.

—No lo conseguiremos, la carga es demasiado pesada. Tal vez si descargáramos el arcón...

—¡No me separaré de él! —replicó el monje con brusquedad, pero al instante suavizó el tono y trató de insuflarle ánimos—: Un esfuerzo más, ya estamos cerca...

Mientras Brian se acercaba a un roble y quebraba unas ramas resacas, el arriero lo observaba admirado. Con esa misma determi-

nación, que ni aun en esas aciagas circunstancias flaqueaba, habían cruzado de este a oeste toda la isla de Irlanda. Desde el primer momento en que lo vio y le ofreció sus servicios, allá en el puerto de Dyflin,* se fijó en su piel pálida, sus profundos ojos verdes, como la hierba que cubría la isla, y su pelo castaño, demasiado largo para un monje. Le calculaba unos treinta años. Era apuesto: rostro anguloso, nariz recta y labios finos que sonreían con frecuencia; Roiberard recordaba bien el brillo de la mirada de su esposa cuando salió a despedirlos. La retirada vida monacal no había hecho mella en su vitalidad ni en su físico. Sus ojos, profundos y francos, y su habitual gesto concentrado agradaban al arriero, que a menudo aguardaba ansioso oír —en un gaélico con un extraño acento— los profundos conocimientos que el monje tenía de la isla y de sus gentes. En las largas jornadas de camino le había impresionado la férrea voluntad que lo guiaba. Más allá del generoso pago que esperaba recibir, la fuerza de la mirada del monje benedictino Brian de Liébana —así se había presentado— había convencido al arriero de que era crucial alcanzar el remoto monasterio.

Pero en ese momento la profunda angustia, que bebía de las viejas leyendas arraigadas en su mente celta, había conseguido mermar su confianza en el monje.

—¡Ya habéis oído al viejo del acantilado! —adujo con voz ahogada—. Este camino no ha sido hollado en décadas. ¡Dios sabe qué nos espera tras el siguiente recodo!

—¡Llegaremos!

Brian hundió las ramas en el fango, bajo las ruedas.

—Cuando dé la orden, empuja con fuerza.

En ese momento un rayo atravesó el cielo. La fugaz imagen del bosque iluminado dejó mudos a los dos hombres. Sin el hacha del leñador, la arboleda se había convertido en una maraña impenetrable. Roiberard dio un respingo cuando resonó el profundo trueno.

—¿Lo habéis oído?

—Es una tormenta, Roiberard, nada más que una tormenta...

—¡No! Me refiero al llanto...

* Dublín.

El monje se irguió con las manos embarradas. El orondo rostro del carretero era la viva imagen del terror.

—Olvídalo.

—¡Vos también lo habéis oído!, ¿no es cierto? ¡Era un llanto! Como el lamento de las plañideras en los funerales. ¡Una *bean sí-dhe* anunciando la cercana muerte! —El hombre temblaba de pies a cabeza. Uniendo las manos, susurró una rápida plegaria. Luego dijo—: ¡Regresemos, hermano Brian! En alguna aldea hallaremos aposento.

—¡Demasiado tarde!

—Pero... ¿acaso no recordáis las palabras del viejo? ¿Y si son las almas de los que murieron en el ataque al monasterio? Dicen que esas cosas pasan.

El viento cruzaba veloz entre el follaje, arremolinaba las hojas ya marchitas tras el verano, y se dispersaba en mil susurros, chasquidos e indescriptibles gemidos que helaban la sangre.

Chapoteando en el fango, el monje se acercó a Roiberard y lo asió por los hombros. Debía ayudarlo a salir del abismo de terror en el que se hundía. Si perdía el control y huía despavorido, acabaría irremisiblemente perdido en la densa arboleda olvidada por los hombres.

—Ten fe, amigo, enseguida saldremos de aquí. Concéntrate en empujar con todas tus fuerzas y no te dejes llevar por tu imaginación. Lo que has oído era el viento.

—No lo decís muy convencido... —En el rostro de aquel hombre, además de lluvia había lágrimas.

Brian le dio un apretón afable en los hombros y luego terminó de trabar el ramaje bajo las ruedas. Cuando hubo acabado, se acercó a las mulas.

Roiberard iba a ofrecerle la fusta cuando vio que el monje acariciaba la testuz de las bestias y les hablaba en susurros. Las mulas agitaron sus empapadas orejas y resoplaron. Suavemente, Brian tomó las bridas y tiró de ellas.

—¡Con fuerza!

El arriero ya sólo pensaba en salir de allí y, a poder ser, con su pertenencia más valiosa. Se ganaba la vida transportando mercan-

cías por los valles cercanos a Dyflin. Jamás había aceptado un encargo como aquél... Se hallaba en el extremo oeste de la isla, en las agrestes costas de Mothair, en la región de Clare, una tierra inhóspita y casi despoblada, llena de leyendas que los bardos recitaban con voz queda y cavernosa, encogiendo el alma del público. Lamentando haber desoído los consejos de su supersticiosa esposa, hundió los pies en el fango y empujó con todas sus fuerzas mientras las mulas tensaban los cuartos traseros y trataban de responder al tirón de las riendas.

Se oyeron los chasquidos de las ramas quebrándose bajo el peso, pero el lodo dejó de succionar y bruscamente salieron despedidos hacia delante.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Roiberard.

—No nos detengamos.

Al oír esas palabras, que sonaban a advertencia, el carretero se estremeció.

—Hermano, vos creéis que aquí...

—Es poco lo que sabemos del mundo, Roiberard, pero no debemos rendirnos a los temores ni a las habladurías.

Para evitar nuevos problemas a causa del peso, siguieron a pie. Brian guiaba las monturas con cautela.

—¡Lo oigo de nuevo! —exclamó Roiberard con una voz trémula.

El monje no despegó los labios pero tiró de las riendas con más fuerza y las mulas aceleraron su avance. Avanzaban penosamente, sobrecogidos, cuando un nuevo relámpago iluminó la noche. El carretero lanzó un alarido de terror y las bestias se encabritaron.

—¡Ahí, ahí delante!

El cielo se rasgó de nuevo y Brian pudo seguir con la mirada la dirección que el otro señalaba con mano temblorosa.

—*Pater Noster...*!

Durante aquel efímero instante habían visto, de pie junto a un roble gigantesco, una figura esbelta de rostro tan ajado y anciano como aquel bosque milenario. Portaba un manto grisáceo y asía un cayado. Las tinieblas regresaron, pero en las retinas del monje y del arriero quedaron ciertos detalles de aquella visión: la lengua

barba, veteadas de canas, un grueso anillo de metal sobre el pecho y, ante todo, sus ojos, dos pozos de indecible negrura en los que flotaba una muda advertencia.

Roiberard, aterrorizado, apenas podía respirar, pero Brian continuó hasta donde habían visto esa figura. Una vez allí, levantó la mano y detuvo el carruaje.

—¡Observa!

El camino había cedido; un profundo barranco de fango y raíces los obligaba a dar un rodeo. Brian puso un pie en el borde y la tierra cedió; sólo el brazo firme de Roiberard evitó que rodara hasta el tenebroso fondo.

—¡Qué extraño que ese hombre se encontrara justo aquí...!
—comentó el monje, pensativo.

—¿Y si lo ha provocado él? ¡Ha sido una suerte que lo advirtierais a tiempo!

—Tal vez. Sin embargo, es posible que la explicación sea justo la contraria..., tal vez nos ha advertido del peligro... —Su sonrisa desconcertó al arriero—. ¡Vamos, Roiberard! No temas, somos bien recibidos.

—Si no era un fantasma, ¿quién era? —preguntó el otro, no muy convencido.

No hubo respuesta. Brian guió a las mulas entre la densa vegetación y lograron bordear el profundo socavón. El renovado ánimo del monje se impuso y siguieron adelante.

La lluvia persistía.

Tomaron conciencia de que habían abandonado la arboleda cuando un nuevo rayo rasgó la noche e iluminó una planicie cubierta de hierba; al fondo, una muralla de tosca factura, baja y muy deteriorada, rodeaba un suave promontorio. En la cima, al borde del acantilado, se recortaba un edificio de planta cuadrada y, a la derecha, una esbelta torre circular de vigilancia, típica de muchos monasterios de la isla.

—San Columbano...

Los destellos de la tormenta revelaban el aspecto ruinoso del viejo monasterio. La tierra parecía estremecerse con los profundos truenos. El carretero se santiguó con ademán inquieto.

—¿Aquí es donde pensáis instalaros?

—Este convento se alzará sobre sus cenizas... —repuso el monje con determinación.

Roiberard lo observó intrigado. A pesar de la oscuridad, podía vislumbrar la serenidad que reflejaba su rostro. También él sintió la dicha de haber logrado llegar hasta allí. Tenía por norma no preguntar a sus clientes y se había contenido durante todo el trayecto, pero en ese momento anhelaba compartir la enigmática satisfacción del monje.

—¿Por qué, hermano Brian? En Irlanda hay grandes monasterios cerca de ciudades importantes, con tierras de cultivo y repletos de piadosos monjes, novicios y estudiantes... ¿Por qué habéis elegido este remoto confín, un lugar olvidado...?

El monje le puso una mano en el hombro y sonrió.

—Lo único que quiero que recuerdes de este viaje son los peniques de plata que tienes en la bolsa y los que recibirás cuando hayamos descargado.

El arriero se disponía a protestar cuando Brian tiró de nuevo de las riendas y el carro avanzó por la ladera. El fragor de las olas embravecidas golpeando con saña los pies del acantilado se unió al sonido de la lluvia. Las ruinas se alzaban en el borde, hacia el abismo.

El pesado carruaje dejó dos surcos en la hierba empapada; la impronta del nuevo camino que conduciría al monasterio.

El muro que antaño protegía el cenobio se hallaba en un estado lamentable, con derrumbes en varios puntos. Apartando escombros, cruzaron por donde una vez estuvo la puerta y cubrieron el último tramo ascendente hasta las construcciones que se erigían en la cima: una iglesia pequeña y aislada como una ermita, la torre circular y el gran edificio, con al menos cuatro plantas, construido con piedras irregulares de caliza gris y bloques de granito. El incendio y el posterior abandono habían causado graves estragos; sólo la torre se mantenía intacta. Brian, como si conociera el lugar, torció hacia la izquierda y pasó entre los restos de lo que habían sido las humildes celdas de los monjes: construcciones cóni-

cas erigidas en piedra y aisladas unas de otras. Se dirigía a la pequeña iglesia. Su factura recordaba a los primeros templos cristianos de la isla. Los gruesos muros permanecían firmes y aún soportaban parte de la techumbre, de forma combada, semejante al casco invertido de un *drakkar* vikingo. Detrás de la iglesia se distinguían lápidas y cruces celtas inclinadas o caídas sobre la hierba, los últimos vestigios del cementerio. Más allá, la tierra desaparecía en la negrura del risco y el tenebroso mar al fondo.

Se detuvieron ante el templo. La puerta había sido arrancada y el interior estaba devastado, pero buena parte de las vigas y las losetas del techo resistían. Las goteras eran numerosas y se habían formado charcos en el suelo empedrado, pero la zona del altar, al fondo, estaba seca.

—Descargaremos ahora.

—Pero...

—¡Un último esfuerzo, Roiberard! Sólo eso te ruego. Debemos proteger el arcón, el resto puede esperar.

El clérigo apartó las tres mantas que protegían la carga: un hachillo con útiles de construcción, una jaula con dos palomas mensajeras que se agitaban alteradas y un gran arcón de madera breada y ennegrecida por el tiempo, que tenía remaches metálicos y un grueso candado de hierro oxidado.

El arriero suspiró mientras se acercaba con desgana; recordaba bien cuánto pesaba aquel arcón cuando lo cargaron en el puerto de Dyflin... Durante todo el camino, el monje jamás se había separado de él más que unos pasos.

—No debe tocar el suelo —advirtió Brian.

—Pesa demasiado...

—¡Vamos! —le alentó el monje al tiempo que resonaba un estruendoso trueno.

Haciendo un esfuerzo titánico, lo transportaron hasta el interior de la iglesia y lo depositaron en la zona seca del fondo. Al dejarlo en el suelo, volutas de polvo acumulado durante años se elevaron en el aire.

—¿Qué lleváis ahí? —dijo Roiberard entre jadeos y tensando la espalda tras el esfuerzo; su ánimo regresaba tras muchas horas de

inquietud—. ¿Un tesoro? Así lo creería cualquiera que supiera lo que estáis dispuesto a pagarme...

Brian asintió sonriendo. Tomó el *marsupium* que pendía en su costado y sacó una tintineante bolsa de cuero.

—Hemos cerrado el precio del transporte. Ahora quiero sellar tus labios para siempre. —Su gesto afable disipó la primera reacción de inquietud del carretero. Para no dejar dudas acerca de su contenido, agitó la bolsa. Un brillo de advertencia en los ojos del monje convenció a Roiberard de que debía demostrar su honestidad.

—Sé guardar un secreto.

—Así lo espero. Será por tu bien, te lo aseguro. Puede que algún día pregunten por mí... Yo voy a ser generoso contigo y tú vas a olvidar para siempre nuestro viaje.

2

El invierno había llegado al ducado de Sajonia, en el corazón del continente. En la abadía de Corvey, a ocho jornadas de viaje de Aquisgrán, la capital, era aún de noche. El gélido viento racheado se colaba a través de los postigos de madera llevando consigo la humedad del cercano río Weser. Tras el hermano que portaba el candil, dos filas de monjes recogidos bajo sus cogullas descendían en absoluto silencio las escaleras hacia la cripta —erigida en tiempos del legendario Carlomagno—, para el rezo de maitines. Como a los apóstoles, Dios les exigía que en las horas previas al amanecer permanecieran en vela, atentos como soldados, y elevaran plegarias que alejaran el influjo del Maligno, señor de las horas nocturnas.

Tiritando de frío, entraron en la cripta y ocuparon sus sitios. Si bien eran casi cincuenta los monjes no dispensados del primer oficio del día, sólo algunas toses y el roce de los ásperos hábitos rompían el silencio. El altar, iluminado con unas pocas velas, se hallaba extrañamente vacío. Sin embargo, ninguno de los monjes se atrevió a quebrar el voto de silencio: permanecieron inmóviles, con la vista fija en el suelo, esperando la llegada del abad que debía officiar el rezo.

—Me temo que vuestro amado abad no podrá reunirse con vosotros.

La poderosa voz resonó en las paredes de la cripta. Los presentes, sobresaltados, miraron a su alrededor, buscando el origen de aquellas palabras, pronunciadas con un marcado acento extranjero.

Y, de repente, como surgida de la nada, una figura ataviada con un largo hábito negro con capucha se materializó en el altar. Las velas no bastaban para vislumbrar las facciones del que hablaba.

—He venido en busca de Brian de Liébana.

Un murmullo de confusión se elevó entre los presentes y alguien, con voz firme, contestó:

—Aquí no habita ningún hermano con ese nombre.

La figura que ocupaba el altar iba a decir algo cuando uno de los monjes, el más anciano, abandonó su lugar y se acercó despacio hacia ella.

—¿Quién sois? —preguntó el viejo—. ¿Cómo osáis ocupar el lugar del abad?

La figura no respondió. Sin decir una palabra, se despojó de la capucha. Una cabeza rapada, blanca como la escarcha acumulada en el exterior, brilló trémula bajo las velas. Lentamente, con movimientos estudiados, alzó el rostro y abrió la boca. Tenía la tez extremadamente pálida, más propia de los muertos que de los vivos. En su rostro, de facciones duras y angulosas, apenas parecía haber carne.

El anciano monje se quedó paralizado ante aquella siniestra aparición, cuyos ojos parecían horadarle hasta el alma.

—¡Satanás! —musitó, antes de caer como si un rayo lo hubiera fulminado.

Y entonces todos escucharon su risa, gélida y cruel. Aquel rostro entornaba sus iris blancos y mostraba sus dientes puntiagudos, limados en forma de sierra.

El caos descendió sobre la iglesia abacial de Corvey. Los monjes, aterrorizados, huyeron gritando e implorando protección al Altísimo. Todos menos uno, que permaneció impasible y, cuando todos los demás hubieron salido de la cripta, avanzó lentamente hacia el altar.

—Esta profanación añade un pecado más a tu inabarcable lista, *strigoi* —le dijo, con desprecio.

—Entonces tú sí sabes quién soy...

—Te conozco. Eres el séptimo *strigoi*, aquel al que llaman Vlad Radú, corrompido por el Maligno, como todos vosotros —dijo el

monje con voz serena—. ¿Qué le has hecho al abad, maldito demonio?

—Nada grave... de momento —respondió el otro con una sonrisa macabra—. Estará indispuerto durante unas horas.

Vlad señaló al anciano, que yacía a los pies del altar.

—¡Correrás su misma suerte si no me revelas el paradero de Brian, Abelardo de Bobbio!

El monje no pudo evitar dar un paso atrás al oír su nombre en boca de aquel ser diabólico.

—¿Te extraña que sepa tu nombre? En Aquisgrán, uno de los vuestros creyó en el último instante que salvaría su vida y me confesó que los supervivientes habían huido hacia aquí. —Hizo una pausa y gritó, mientras sacaba una espada reluciente de debajo de la cogulla—. ¿Dónde está Brian de Liébana?

Abelardo, que conocía bien a su adversario, no pudo evitar estremecerse. Luchó contra el terror que irradiaba aquella alma alejada de la luz divina y, de pronto, corrió hasta hacerse con un candelabro de bronce y atacó. Con una sonrisa, Vlad levantó el arma e interceptó la primera embestida. En el exterior, los monjes lanzaban cantos y lamentos para exorcizar la maldad que había acudido esa madrugada a Corvey.

Abelardo luchaba con fiereza, pero Vlad poseía un arma de verdad. Con un chasquido seco, el candelabro rodó por las losas y Abelardo retrocedió, jadeando y sangrando por numerosos cortes.

—Es el momento de hablar —dijo Vlad.

Entonces Abelardo abrió las manos y rió. No había en él el menor asomo de temor.

—Deberías apartarte de Brian y de su tesoro. Por tu propio bien... —añadió, con una sonrisa irónica.

—¡Maldito seas, Abelardo!

La punta de la espada rozaba el pecho del benedictino, que seguía esgrimiendo una sonrisa cargada de sorna.

—Un monje se prepara toda la vida para la muerte, ansiándola. Mi promesa de preservar el Espíritu de Casiodoro me ha permitido tener una vida dichosa al servicio de Dios y del conocimiento. Dime, ¿de verdad crees que temo a la muerte?

Los ojos de Vlad brillaron con intensa malignidad.

—Si callas, serán muchos los monjes que morirán aquí esta noche. ¿Quieres llevar sus cadáveres sobre tu conciencia cuando llegues al otro mundo?

Aquella amenaza quebró el aplomo de Abelardo.

—Hace semanas que el hermano Brian de Liébana abandonó secretamente el monasterio de Bobbio para emprender una misión sagrada; la mayoría de los hermanos ignoramos cuál era su destino. Nuestra tarea era hacerte creer que viajaba entre nosotros, y nos instalamos en una apartada ermita, a las afueras de Aquisgrán mientras él se alejaba por otra ruta. —Abelardo percibió con agrado el desconcierto del *strigoi*—. Antes de tu ataque, un pequeño grupo de monjes se separó de nosotros y escapó de tus garras en pos de Brian. Nosotros, mientras, teníamos que resistir en la vieja ermita durante el máximo tiempo posible, empeñando en ello nuestra vida.

—¡Fue una artimaña! —rugió Vlad temblando de ira. La punta de su espada subió hasta la garganta y la sangre comenzó a manar.

—Ése era nuestro cometido, *strigoi*, un sacrificio que aceptamos con humildad y valor. Muchos de mis hermanos cayeron en Aquisgrán, pero Brian y los monjes que formarán su pequeña comunidad viajan ya a su destino. Yo fui herido y escapé a este monasterio. —Sonrió—. Cada día de los pasados en Corvey he rezado para que mi rastro fuera el que siguieras. Ahora ellos gozan de la ventaja suficiente.

—¡Dime dónde se oculta Brian!

Abelardo recordó el juramento que había hecho mucho tiempo atrás. En ese instante el éxito de la misión dependía de su valor. La espada apuntaba ahora la boca de su estómago; el ansia cruel de la mano que la empuñaba hacía vibrar la hoja. Todo estaba perdido para él, pero no sintió miedo.

—Sólo sé que ha regresado al lugar donde todo empezó —concluyó con voz firme.

—¿Te refieres al monasterio de Liébana, en el ducado de Cantabria, en Hispania?

Abelardo se encogió de hombros.

—Eso es lo único que oí en su despedida —mintió y volvió a sonreír—. Donde quiera que esté, alabará a Dios y protegerá la esencia del Espíritu de Casiodoro, la mayor de nuestras bibliotecas y el libro que tanto ansías poseer.

De pronto dio un paso al frente con decisión y se quedó inmóvil. La sonrisa se fue borrando de su rostro mientras trataba de contener el dolor con la dignidad de un guerrero. La hoja de la espada había penetrado profundamente en su carne; el bajo del hábito se teñía de un rojo oscuro.

—¡Que tu alma se pudra! —espetó Vlad, furioso, al tiempo que clavaba con más fuerza aún el acero.

—¡Desciende pronto al infierno donde habita tu señor, *strigo!*

El valeroso hermano del Espíritu, Abelardo de Bobbio, exhaló su último aliento susurrando el nombre de Cristo.

Vlad salió de la cripta y se alejó del monasterio sin mirar atrás. Los monjes se apartaron de su camino persignándose; nadie le impidió el paso.

Ya en el bosque, se deshizo del hábito con desprecio y continuó hasta una pequeña arboleda donde aguardaba su corcel, negro como la noche. Sus manos de largas uñas se cerraron y elevó el puño a la luna, mortecina como su propia tez. Faltaba poco para el amanecer: el triunfo de la luz sobre las tinieblas.

—¡Te seguiré hasta el último confín del orbe y te encontraré, Brian de Liébana! Cuando las esperanzas del Espíritu sean cenizas, escupiré sobre tus lágrimas, mis dientes rasgarán ese libro maldito y tu alma se colmará de oscuridad.



l amanecer, Brian salió de la pequeña iglesia y se acercó al borde del acantilado. Las nubes se disipaban y un tímido sol luchaba contra la espesa bruma condensada sobre el mar. Sería un día luminoso, y dio gracias por ello en sus oraciones.

Con el gesto sereno, aguardó hasta que el primer rayo tibio acarició su rostro. Cerró los ojos y respiró hondo. El aire era fresco, limpio, cargado de un intenso aroma a tierra mojada. A su alrededor, cada gota de rocío se había convertido en una minúscula gema y la ladera cubierta de hierba refulgía brillante. Sonrió admirado ante la belleza del paisaje. Sólo los restos del monasterio permanecían envueltos en un ambiente sombrío y misterioso.

Su mirada se posó en el antiguo círculo de piedra, más allá de la muralla: grandes losas inclinadas o caídas, medio ocultas en la hierba. No necesitaba acercarse para saber que había en ellas grabados extraños y símbolos incomprensibles para él. A lo largo del trayecto desde Dyflin había visto menhires, dólmenes y círculos líticos. Los antiguos moradores de Irlanda honraron así a sus dioses y dejaron su impronta indeleble, el testimonio de un pasado cuyos relatos seguían estremeciendo a los habitantes de la isla.

Abrió el pequeño códice que sostenía en las manos y, bajo la emergente claridad, rezó laudes. Cuando acabó, su mirada recorrió de nuevo los acantilados. Hacía cuatro días que Roiberard había emprendido el camino de regreso, con una bolsa repleta de peniques de plata y la mente llena de preguntas sin respuesta. A

pesar de la lluvia, Brian había cerrado las goteras de la pequeña iglesia recolocando las losas de pizarra; por fin el suelo estaba seco. Había llegado el momento, se dijo. El templo debía recuperar su sagrada función. Brian se encaminó hacia la iglesia y entró.

Se sentía a gusto en el interior de aquel edificio austero, rectangular, de apenas diez pasos de longitud, hecho de lascas de piedra gris y mortero.

Con solemnidad, depositó sobre el altar —una simple repisa de piedra adosada al muro de poniente— un pequeño cáliz de madera y una cesta con un mendrugo de pan ácimo reseco. Recitó una oración de exorcismo y roció con agua bendita las paredes. Con voz susurrante, celebró la Eucaristía y comulgó. Luego se acercó a un pequeño fardo y lo desenvolvió con delicadeza mientras entonaba un cántico de suaves cadencias. Debajo de la tela apareció una imagen. La luz que penetraba desde la entrada se reflejó en la policromía y en las vetas de oro del manto y la corona de la Virgen con su hijo en brazos. Era una talla de madera de peral envejecida por el tiempo. El rostro de la Virgen tenía una curiosa tonalidad oscura. El niño levantaba una mano con dos dedos extendidos; su mirada era adusta, casi colérica. Sin dejar de cantar, Brian regresó al altar y depositó la figura en una oquedad que hacía la función de hornacina.

—*Salve! Regina, Mater Misericordiae...*

Cuando terminó de rezar, con la punta de una daga gravó en la losa del altar:

ANNO DOMINI CMXCVI

Henchido de emoción, cogió una pequeña caja de madera y la jaula de las palomas y salió al exterior. Bajo los tímidos rayos del sol, se encaminó hacia una roca plana que había frente a la muralla, comprobó que su superficie estaba casi seca y se sentó. Extrajo una ampolla de arcilla y una pluma de ganso y garrapateó unas pocas frases sobre una diminuta tira de pergamino. Cuando la tinta se secó, enrolló la tira y la anudó a la pata de una de las palomas.

—¡Hoy comienza la nueva historia del monasterio de San Columbano! —exclamó mientras abría las manos para que el ave volara libre. Sus ojos se habían humedecido—. La memoria de la humanidad ha encontrado un nuevo refugio... ¡Que Dios bendiga el Espíritu de Casiodoro!

La paloma ascendió aleteando con fuerza y rodeó la alta torre circular. Voló sobre el mar, pero cuando alcanzó una altura considerable viró hacia el sur, sobre el bosque, y Brian la perdió de vista. Su orientación la guiaría hacia su estratégico palomar, muy lejos de allí. Pero el mensaje viajaría aún más lejos: otras palomas completarían el periplo hasta su destino.

El monje recorrió con la mirada las ruinas y, consciente de la tarea a la que se enfrentaba, suspiró. Observó con disgusto el edificio principal. Antaño tal vez era una construcción soberbia, pero en aquel momento su aspecto era penoso, con buena parte del techo hundido. Brian sólo había podido acceder a la planta baja, dividida en dos partes aisladas. La orientada hacia la iglesia albergaba el refectorio, una estancia de grandes dimensiones, milagrosamente bien conservada y con un hogar de los tiempos en que había sido fortaleza de los O'Brien; por una estrecha puerta, al fondo, se accedía a otras cámaras de pequeño tamaño, todas ellas derruidas, a excepción del muro exterior. Era difícil saber con certeza qué utilidad se les había dado en el pasado, tal vez eran las cocinas, la enfermería y habitaciones para almacenar víveres. La otra parte del edificio, cerca de la torre de vigilancia, había tenido la función de *scriptorium*, de planta rectangular y de allí se accedía a algunas salas menores entonces derruidas.

Brian había examinado con interés esa parte. Los grandes ventanales orientados al este, que en su día dejaban entrar la luz necesaria para los copistas, eran un gigantesco boquete abierto a la intemperie, como las fauces desdentadas de un gigante enterrado. En el interior del *scriptorium*, los escombros y los restos de madera carcomida llegaban hasta la cintura. Medía treinta pasos de largo por quince de ancho, y había sido la estancia más importante del antiguo monasterio, así lo revelaban los relieves de los capiteles de las pilastras y los pilares, aunque el hollín, el musgo y las te-

larañas apenas permitían apreciar los detalles. Las vigas del techo que habían resistido el fuego estaban podridas y amenazaban con derrumbarse en cualquier momento. En un extremo de la sala había descubierto una pequeña estancia en la que se hallaba la escalera circular que llevaba a las plantas superiores —la biblioteca—, pero era imposible subir.

El monje alejó de sí el desánimo. Había hecho un largo viaje impulsado por una fuerza y una convicción que vibraban con ímpetu en su alma. Podía imaginar el edificio en pie y el valor de lo que allí se guardó. Cada relieve grabado en las piedras del *scriptorium* era una muda señal que susurraba secretos aún sin descifrar. Se negaba a creer que todo había sido destruido treinta años atrás. Patrick era un hermano del Espíritu y conocía los peligros que acechaban a la misión. Si quedaba algún cubículo intacto, lo encontraría. Pero de momento lo más importante era la valiosa carga que transportaba, y ésta se hallaba a buen recaudo, a salvo de sus siniestros perseguidores.

Movido por un impulso, regresó a la pequeña iglesia y se acercó al arcón. Abrió el candado y tomó un códice protegido por una fina seda carmesí. En ese momento necesitaba recordar que su esfuerzo no iba a ser en vano. Abrió con delicadeza la gruesa tapa con gemas encastradas, pasó varias hojas iluminadas y se detuvo en la imagen de un ángel solitario que sostenía un libro cerrado y hacía un gesto de advertencia al lector. Respiró profundamente varias veces. Poco después, ante sus ojos el detalle y los colores de la miniatura se hicieron más vívidos; la destreza de la mano que siglos antes había dibujado a esa criatura divina lo sobrecogió una vez más. Entonces sintió la fuerza de aquella entidad y quiso absorberla. También él sostenía un libro en un páramo solitario en el extremo de la última isla del orbe. Era mucho lo que tenía que hacer en San Columbano, sin descuidar la protección del arcón y del libro que sostenía con devoción, aquella obra que había demostrado tener un gran poder.

—Protege el Espíritu de Casiodoro, Señor —rogó en voz alta hacia el altar, rozando con el dedo la figura del ángel—. Son tiempos difíciles, y nuestros adversarios han regresado.

Sus ojos se posaron en el arcón. Cientos de códices y rollos se apilaban en su interior, ordenados con esmero. La mayoría se hallaban en buen estado, pero otros tenían los bordes de las páginas resquebrajados.

—No permitas que la humanidad quede sumida en la vileza y la ignorancia del que no entiende la palabra escrita.

Después de tomar un frugal almuerzo a base de pan, queso y nueces, se acercó al cementerio, encarado al mar. La mayoría de las tumbas habían desaparecido y las pocas lápidas visibles yacían sobre la hierba, partidas y amarillentas por el liquen. Una cruz celta se erigía, peligrosamente inclinada, casi en el borde mismo del precipicio, alejada del resto porque en realidad no señalaba un sepulcro. El anillo central representaba una corona de hojas de roble, y en la base tenía un emblema cubierto de musgo. Era una serpiente mordiéndose la cola: el *ouroboros*.

—Patrick O'Brien... —susurró rozando el relieve, casi imperceptible.

Con una pequeña daga fue arrancando la capa de musgo. Después hizo acopio de todas sus fuerzas y logró devolver la cruz a la posición vertical. Pensativo, rozó el símbolo con la mano.

—El árbol de la Vida reverdece de nuevo. —El rugido del mar, abajo, acompañaba sus palabras—. Hemos regresado. Cuando logre saber la verdad, vuestra alma descansará por fin en paz.

Esa tarde, bandadas de estorninos emergieron de los árboles piando frenéticos. Brian levantó la vista hacia el bosque y torció el gesto. Sin demorarse, enrolló los pergaminos que había estado estudiando y corrió hacia la capilla. Tomó la imagen de la Virgen, dobló su pequeño pie y, con un chasquido seco, la base se abrió. Ocultó en su interior los manuscritos, devolvió la talla a la hornacina y se encaminó hacia la vieja muralla. El amortiguado trote de los caballos sobre la hierba llegaba hasta ahí.

Eran ocho jinetes. Siete de ellos llevaban un peto de cuero tachonado, casco y una espada sin vaina colgando del cinto, mientras que el último lucía una gruesa capa de lana negra ribeteada con símbolos de oro. Una cinta dorada ceñía su larga melena canosa, que saltaba al compás de la poderosa montura de guerra, negra como la noche. Aunque tenía algo más de cincuenta años, su cuerpo ejercitado mantenía una postura elegante. El grupo de jinetes se detuvo a los pies del muro y los ojos grises del de la capa escrutaron al extranjero calibrando si podía resultar una amenaza. Finalmente sonrió, aunque la frialdad no se disipó de sus pupilas.

—Saludos, monje.

Brian efectuó una reverencia.

—Sin duda sois el monarca de este valle, Cormac O'Brien —dijo, afable y comedido—. Que Dios os bendiga. A vos solicito hospitalidad.

El aludido asintió. Su dominio del gaélico, pronunciado con un extraño acento, le había impresionado.

—Os habéis adelantado a la fecha indicada en la carta.—Ante el gesto sorprendido del monje, Cormac se explicó—: Hace varias semanas llegó un mensajero de Cashel Rock. El rey de la provincia de Munster, Brian Boru, anunciaba vuestra llegada desde el continente y me solicitaba que os permitiera instalaros en el viejo monasterio que fundó mi hermano. La petición venía avalada por el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Otón III, y por un prelado cercano a la sede papal de Roma.

—Sí, mi mentor, Gerberto de Aurillac —puntualizó Brian—, anterior obispo de Reims. Ahora reside en la corte del emperador; es su consejero personal.

—Al principio no di crédito al ruego —prosiguió el otro, sin dejarse impresionar por las referencias dinásticas del lejano continente—. ¡Un monje extranjero deseaba restaurar estas ruinas! Debéis saber que este lugar es muy especial para mí.

—Sin duda. Cualquier hombre de Dios, incluido vuestro difunto hermano Patrick O'Brien, alabaría el renacer de su obra.

—Por supuesto. ¿Es ése vuestro propósito? —preguntó.

—Soy el primero de una pequeña comunidad benedictina que pretende hallar la paz en este alejado rincón del orbe.

El rey entornó los ojos; había imaginado a un eremita aislado, no a una comunidad monástica como las de Kells, Kildare o Glendalough.

—Este lugar pertenece a mi familia —explicó tratando de mostrarse sosegado—. Aquí sufrimos un duro golpe. Veo que habéis levantado la cruz que mandé tallar en memoria de mi hermano... Nunca hallamos su cuerpo, pero para nosotros ésa es su tumba. Prometí que el convento permanecería tal y como quedó la noche en que los malditos vikingos lo arrasaron...

—El hermano Patrick era un monje, no desearía ver su abadía arruinada y engullida por la tierra. Si lo permitís, este lugar consagrado resurgirá para gloria del Altísimo.—Al ver que sus elevados argumentos no convencían del todo al monarca, Brian optó por descender a un plano más mundano y añadió—: No pocos de vuestros súbditos hallarán aquí una fuente de sustento, pues es mucha la labor que tenemos que hacer, y seremos generosos...

—Recordadme vuestro nombre, hermano...

—Brian de Liébana, por el monasterio donde profesé los votos, en la lejana Hispania.

Una sombra cruzó ante los ojos del rey, pero fue un instante.

—He pasado muchos años viajando —prosiguió el monje—, pero crecí entre los astures. Al ver estos verdes pastos y esta abrupta costa —Brian abarcó el paisaje con los brazos—, pienso que aquella tierra y esta isla nacieron del mismo pensamiento de Dios. Por eso aquí me siento como si hubiera regresado a mi hogar.

Cormac separó los labios pero no llegó a formular la pregunta que bullía en su mente. Parecía más pálido y retorció las riendas de manera inconsciente. No había duda de que las palabras del monje lo habían puesto nervioso.

—Vuestros rasgos no son los propios de esas gentes que, según dicen, se asan bajo el sol...

Los hombres de Cormac rieron, pero Brian había captado cierta inquietud en el tono gutural del monarca y respondió con cautela.

—Procedo de un lugar habitado por numerosos pueblos. Desde que tengo uso de razón he vivido en un monasterio. Huérfano y sin familia, el conocimiento de mi pasado me fue negado desde el principio, tal vez para que pusiera la mirada en el porvenir...

—La palidez de vuestra faz, los cabellos de oro viejo..., ¿podrías tener parientes irlandeses?

—De ser así, sólo sentiría gratitud.

—Habláis gaélico sin dificultad.

—Llevo tiempo planeando mi venida y, como sin duda sabéis, los monasterios del continente acogen a innumerables monjes irlandeses, famosos por su fervor religioso y su profunda sabiduría. Con uno de ellos aprendí esta lengua.

—No sigáis, hermano Brian, vuestras explicaciones parecen abarcar cualquier pregunta. Me sentiría honrado si pudiera escuchar vuestro relato en mi castillo, ante un succulento asado de venado, mañana al atardecer. Está en Mothair, a sólo unas horas de camino. Y si la velada se prolonga, podéis quedaros a pasar la no-

che en una de las habitaciones del castillo. —Cormac se volvió y señaló las imponentes ruinas que se recortaban tras ellos, al borde del acantilado—. Supongo que mi querido hermano aprobaría que San Columbano volviera a ser un lugar de oración y estudio, sólo os ruego que respetéis su memoria.

—Nada deseo más, mi señor.

—Aceptad, pues, mi invitación. La carta de Brian Boru ha impresionado a mi familia y al resto de los clanes. Tenéis grandes influencias...

—En realidad las posee el prelado Gerberto de Aurillac; yo sólo soy un humilde servidor de Nuestro Señor. No obstante, agradezco vuestra hospitalidad; allí estaré mañana sin falta —dijo con una sonrisa.

Cormac le devolvió el gesto al tiempo que tiraba de las riendas y obligaba a su caballo a dar la vuelta.

Mientras la silenciosa comitiva se alejaba por la pradera, la sonrisa había desaparecido del rostro del monarca; tenía los nudillos blancos de tan fuerte como aferraba las riendas.

En la linde del bosque, a cubierto tras la maleza, detuvo su caballo y observó a Brian en la lejanía; el monje se retiraba tras la muralla que circundaba las ruinas.

—Señor, si ese hombre os causa inquietud... —apuntó uno de los soldados.

—Quiero que os limitéis a vigilarle discretamente —le atajó el rey, pensativo—. Todo esto es muy extraño.